

# XIX Domingo Tiempo Ordinario

Reyes 19, 9a. 11-13a; Romanos 9, 1-5; Mateo 14, 22-33

« ¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?»

7 Agosto 2011 P. Carlos Padilla Esteban

«Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto»

**Es necesario recordar que las turbaciones no vienen de Dios, porque nos quitan la paz y nos alejan de la oración.** Cuando los pensamientos no son constructivos, mejor dejarlos de lado, para que no molesten. Porque hay pensamientos destructivos que no nos ayudan a crecer y nos perturban. Una persona me decía hace poco: «*El otro día leí que los pensamientos no pronunciados son pensamientos que pesan, que se enquistan, que te vuelven torpe, que te inmovilizan y no dejan sitio para los pensamientos nuevos*». Es necesario sacar los pensamientos que nos turban, los no pronunciados, aquellos que nos hacen mal, que son oscuros y no dan luz. Esos pensamientos que nos comparan con otros, que nos hacen ver lo malo continuamente en nosotros y en los demás, que no nos dejan ser constructivos y miran siempre la culpa. Ya lo dice Juan Pablo II: «*No son los sentimientos los que deben guiar el pensamiento, sino el pensamiento consciente el que debe funcionar como rampa de lanzamiento de los sentimientos*»<sup>1</sup>. A veces creemos que los sentimientos son primero y no se pueden controlar. No es así, los pensamientos preceden a los sentimientos. Los sentimientos de frustración suelen ir precedidos de pensamientos negativos que nos desvalorizan. La única forma para crecer es cambiar nuestra forma de pensar, nuestra actitud interior ante las contrariedades, nuestra forma habitual de ver las cosas, especialmente las crues de cada día. No somos esclavos de un mar de sentimientos incontrolados que manejan a su antojo la barca de nuestra vida. No somos esclavos de la frustración que nace del corazón, del miedo que no nos deja arriesgar, del desaliento que nos quita la paz y nos confunde. No somos esclavos de nuestras pasiones que nos quieren llevar de un lado a otro sin escuchar los deseos del corazón. Podemos cambiar nuestra forma de pensar. **Podemos adquirir pensamientos positivos que nos eleven y nos animen; pensamientos que nos permitan observar la vida con otra mirada.**

**El otro día leía una anécdota sobre un niño en la playa.** Como estamos en verano pensamos hoy en tantos niños que construyen sus castillos en la arena de la playa. La madre del niño lo relata: «*Hace algunos días fuimos a la playa con nuestros hijos. Nuestras hijas corrían como locas de un lado a otro, construyendo castillos de arena. Pero Eduardo, de cuatro años, se quedó parado con su pala gigante y al cabo de un rato se sentó en la arena enfadado. Cuando le pregunté que le pasaba me dijo: -Mamá, aquí no puedo construir mi casa, no hay ninguna roca, y yo quiero construir sobre roca firme*». Pensaba en este niño y en su deseo sincero e ingenuo de construir su casa sobre roca firme. Sabía que Jesús quería que lo hicieramos así, no sobre la arena de la playa, sino en la roca que las olas no pueden arrastrar. Invertimos tanto en formarnos intelectualmente, queremos aprender muchos idiomas y tener muchos títulos con los que poder hacer frente a la vida y justificar nuestro valor. Pero a veces podemos descuidar lo más importante, la formación de nuestro interior, la construcción de los principios sobre los que edificamos nuestra vida. Si construimos sobre arena perderemos el suelo firme cuando lleguen las dificultades a

<sup>1</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 62

nuestra vida. Como me decía una persona enferma el otro día: «*Es fácil ofrecerle la vida a Dios cuando todo nos va bien. Pero cuando comienzan las dificultades es más difícil renovar el ofrecimiento*». **Si construimos nuestra vida sobre roca será posible enfrentarnos a la vida con una mirada positiva, con la confianza de sabernos en las manos de Dios.**

**Y es que la vida no siempre nos va a sonreír. A veces la tormenta, el viento que nos viene de cara, parecen ser un obstáculo en el camino y ponen en peligro la estabilidad de nuestros cimientos:** «*Mientras tanto, la barca iba ya muy lejos de tierra, sacudida por las olas, porque el viento era contrario*». En esos momentos, como los discípulos, tenemos miedo y nos asusta perder la vida. Se nos olvida que, en medio de la oscuridad, Jesús está a nuestro lado, caminando sobre las aguas, dispuesto a calmar nuestra ansiedad: «*De madrugada se les acercó Jesús, andando sobre el agua. Los discípulos, viéndole andar sobre el agua, se asustaron y gritaron de miedo, pensando que era un fantasma. Jesús les dijo en seguida: - ¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!*». Las palabras de Jesús nos tranquilizan, nos hacen tener esperanza, nos levantan el ánimo decaído. Nos quitan ese miedo enfermizo que con frecuencia nos paraliza. No queremos tener miedo, aunque sabemos que es un sentimiento frecuente en el corazón. Nuestra vida es muy frágil y una decisión de un momento puede cambiarlo todo. Un acontecimiento inesperado, un diagnóstico con el que no contábamos. El otro día me comentaba una persona: «*Estoy convencida de que Dios todo lo hace bien y permite este sufrimiento para santificar por él a mi padre; ¿para qué otra cosa estamos aquí más que para aspirar a la Vida Eterna? Confío en que Dios nos siga permitiendo vivir estos momentos abandonados en su infinito amor*». Vivir así en la turbulencia de las olas, en la inestabilidad de la barca de la vida que parece a punto de zozobrar, es **un auténtico milagro, un don de Dios, una obra de arte hecha por el Espíritu Santo en nosotros.**

**Pero lo cierto es que no siempre vivimos con la certeza de saber que es Cristo el que camina a nuestro lado y surgen las dudas:** «*Pedro le contestó: -Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti andando sobre el agua*». Pedro quiere una prueba razonable porque duda; o mejor dicho, quiere un milagro, algo extraordinario que aumente su fe. No se conforma con la voz de Cristo, no cree que sea Él de verdad, cree que es un fantasma, o tal vez un producto de su imaginación temerosa. Hay muchas personas que ven que su vida de fe se debilita sin poder hacer nada. No confían y no saben abandonarse, dudan, no ven a Dios y quieren controlarlo todo. El P. Kentenich nos lo recuerda: «*Vivimos en una era de debilitamiento de la fe y de la vida de fe. Especialmente en tiempos como éstos, existen muchas personas que para su conversión esperan milagros y signos extraordinarios, visibles, palpables*»<sup>2</sup>. La fe debilitada busca signos que nos recuerden si caminamos por el camino adecuado. Busca hechos extraordinarios. El corazón quiere encontrarse con Dios, quiere caminar con él, como dice hoy el salmo: «*Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación. Voy a escuchar lo que dice el Señor: -Dios anuncia la paz a su pueblo y a sus amigos. La fidelidad brota de la tierra, y la justicia mira desde el cielo. El Señor nos dará la lluvia, y nuestra tierra dará su fruto*». Sal 84, 9ab-10. 11-12. Es la fe que quiere construirse sobre signos incuestionables, signos sorprendentes que convenzan. Sin embargo, cuando suceden, como relata Wanda en el diario sobre su amistad con Juan Pablo II, no es tan fácil aceptar la gratuidad del amor de Dios, creer que Dios se manifiesta milagrosamente en nuestra vida. Cuando Wanda vive el milagro de su curación, y comprueba que ha desaparecido el tumor, no puede soportar esa liberación milagrosa: «*Dios hace conmigo lo que quiere; nunca había sentido tan claramente mi dependencia de Dios. Todo lo que nos rodea está en sus manos. Pero siento algo en mi interior, como una especie de rebelión, quiero conservar algo propio. Tuve mis dolores, mi voluntad de someterme y ahora, no tengo nada. ¡Dios mío, perdóname esta falta de gratitud y esta soberbia humana!*»<sup>3</sup>. Depender de Dios de esa forma, experimentar un

<sup>2</sup> J. Kentenich, “Kentenich Reader”, T II, 143

<sup>3</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 92

milagro en nosotros, nos parece excesivo. Es como si ya no pudiéramos ser dueños de nuestra vida; como si nos quitaran el control sobre el dolor y la muerte. **Ante ese amor gratuito e inesperado de Dios surge el desconcierto y nos sentimos perdidos.**

**Por eso es tan necesario aprender a agradecer en la vida.** Es nuestro aprendizaje más importante, la roca más sólida. Nos cuesta recibir las cosas sin haber pagado por ellas antes, sin que sean fruto de nuestro esfuerzo. Nos cuesta no controlar la vida y ver que todo es un don, un milagro que no exigimos; que nada de lo que nos ocurre es merecido. Wanda sentía en su corazón este desconcierto: «*No puedo entregarlo todo. Me parece que a causa de ese gesto de gracia divina, yo ya no existo. Existo en la medida en que Él quiso que yo viviese, pero esto quizás sea un sinsentido, porque aquella «primera vida» vino de Él y a través de Él, ¿por qué no la vi? ¿Por qué no puedo tomarme la vida como un regalo de Dios?*»<sup>4</sup>. Nos cuesta mucho agradecer las cosas que recibimos a diario como un regalo. Así nos lo recuerda Juan Pablo II: «*Ojalá fuéramos capaces de dar gracias con la misma devoción con que sabemos pedir. La gratitud siempre nos pone de una manera particular ante la Persona*»<sup>5</sup>. La gratuitad del amor de Dios nos quita nuestras defensas. No merecemos el amor y sentimos que no tenemos cómo pagarle. Por eso perdemos la vida buscando méritos para devolver lo recibido. A Pedro no le basta el consuelo del Señor sobre las aguas, la seguridad de ver sus pasos firmes en medio de las aguas revueltas. No acepta la gratuitad del milagro, quiere hacer algo, quiere controlar él las circunstancias. Por eso exige poder él caminar sobre las aguas. Por eso pide el milagro de lo imposible, se rebela ante la gratuitad. Igual que nosotros nos sentimos indignos y queremos hacer algo, cuando descubrimos que **Dios nos ha llenado de un amor que no es correspondencia por nuestra entrega.**

**Pero Jesús no se manifiesta en signos prodigiosos, en milagros convincentes para que el mundo crea.** Se hace presente en la soledad, en el encuentro profundo con Dios en lo escondido. Hoy Jesús busca esa soledad para estar con su Padre: «*Después que la gente se hubo saciado, Jesús apremió a sus discípulos a que subieran a la barca y se le adelantaran a la otra orilla, mientras él despedía a la gente. Y, después de despedir a la gente, subió al monte a solas para orar. Llegada la noche, estaba allí solo*». Nuestra fe está llamada a crecer en la oración alimentada en la soledad. Sta. Teresita del Niño Jesús comenta cómo Jesús se esconde para que nosotros lo busquemos en lo escondido: «*No quiere tomar nada sin que se lo demos. Jesús es un tesoro escondido, un bien inestimable que pocas almas saben encontrar porque está escondido, y el mundo ama lo que brilla. Si Jesús quisiera mostrarse a todas las almas con sus dones inefables, ciertamente ni una sola alma los desdeñaría. Pero él no quiere que le amemos por sus dones: él mismo quiere ser nuestra recompensa. Para encontrar una cosa escondida, hay que esconderse también uno mismo. Nuestra vida ha de ser, pues, un misterio. Tenemos que parecernos a Jesús, al Jesús cuyo rostro estaba escondido*». El profeta Elías se tuvo que esconder en la soledad de la montaña para descubrir el rostro oculto de Dios: «*Se metió en una cueva donde pasó la noche. El Señor le dijo: -Sal y ponte de pie en el monte ante el Señor. ¡El Señor va a pasar! Vino un huracán tan violento que descajaba los montes y hacia trizas las peñas delante del Señor; pero el Señor no estaba en el viento. Después del viento, vino un terremoto; pero el Señor no estaba en el terremoto. Después del terremoto, vino un fuego; pero el Señor no estaba en el fuego. Después del fuego, se oyó una brisa tenue; al sentirla, Elías se tapó el rostro con el manto, salió afuera y se puso en pie a la entrada de la cueva*». Reyes 19, 9a. 11-13. No lo descubrió en el ruido, ni en lo que brilla, tampoco en lo aparente. Lo descubrió en la brisa que pasa sin que nos demos cuenta. **En la soledad de la noche. Sin palabras, escuchando.**

**Quisiéramos tener hoy valor para emprender aquello que nos parece imposible.** El ejemplo de Pedro y su impulsividad nos alientan: «*Él le dijo: -Ven. Pedro bajó de la barca y*

<sup>4</sup> Wanda Póltawska, “Diario de una amistad”, 93

<sup>5</sup> Ibídem, 97

*echó a andar sobre el agua, acercándose a Jesús». La presencia de Jesús es el aliento que necesitamos para caminar sobre las aguas revueltas. Uno de estos días meditaba sobre un cuadro que siempre me ha impresionado. Es el ícono que representa a Cristo con el abad Mena. Es una obra de finales del siglo VI. Jesús mira con unos ojos grandes, marrones. Es de esas miradas que llegan hasta lo más profundo de uno mismo, aunque uno no quiera. A veces Dios pide cosas a las que nos resistimos. Ambas figuras parecen estáticas, sin embargo, en ellas se pueden descubrir sentimientos contrapuestos. La mirada del abad, la forma de su rostro, su complejión, transmiten una mirada de miedo, de sorpresa, de incertidumbre. Representa nuestro miedo ante la vida, ante la soledad, cuando sólo nos vemos acompañados por esa presencia misteriosa de Dios. Es el miedo a lo desconocido, a algo que nos sobrepasa, a la posibilidad extraña de lograr caminar sobre las aguas, lo mismo que sentía hoy Pedro. Sin embargo, en todo momento, y como muy bien refleja la mirada y el gesto de Cristo, Él acompaña y nos abraza. Su mirada es una mirada llena de amor, de serenidad, de gratuidad. Muchas veces nos da miedo hundirnos, caer y confundirnos de camino. La presencia silenciosa y cercana de Cristo aleja el miedo y nos ayuda a dar ese salto de fe sobre el agua, a hacer esa locura que sólo es un gesto de amor único, porque hemos recibido tanto amor. Sin que nos importe caer y hundirnos, porque, como me decían el otro día, cada caída abre el camino que nos enseña a abandonarnos en Dios y confiar en su amor cuando nos experimentamos débiles: «*Hace falta equivocarme, sentir este vacío, para darme cuenta de que si no hago las cosas con Dios, no logro nada. Es necesario tener en cuenta que mi tesoro es el amor que Dios me regala y que todo sólo tiene sentido si lo hago por amor. ¡Qué distinto sería todo si tuviera más fe y confianza en este amor infinito que Dios me regala a mí, por ser como soy!*». El amor de Dios es el que da sentido a la confianza para empezar a caminar sobre las aguas. **Sin ese amor, sin esa llamada que nos dice: «ven», sin ese abrazo sobre las aguas turbulentas, sería imposible confiar.***

**La fe débil de Pedro es capaz de saltar de la barca y comenzar a andar.** Pero no basta la audacia del primer salto para caminar sobre las aguas y mantenernos fieles sin hundirnos. Es necesario perseverar, es necesario mantener el espíritu alerta, la mirada puesta en la meta. Dicen los que entienden que, cuando un motorista entra en una curva, tiene que mantener la mirada fija en el final de la curva que está recorriendo; si sólo mira la rueda delantera, acabará tomando mal la curva. Cuando empezamos a pensar en lo imposible que es el camino, en la posibilidad del fracaso, comienzan las dudas. Es necesario mantener la mirada fija en Cristo hacia quien caminamos; Él nos dice: «*ven*». Caminar sobre las aguas es imposible, pero Pedro sólo se hunde cuando comienza a dudar. La certeza con la que empezó su camino se tambalea y teme por su vida: «*Pero, al sentir la fuerza del viento, le entró miedo, empezó a hundirse y gritó: -Señor, salvoame. En seguida Jesús extendió la mano, lo agarró y le dijo: -¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado? En cuanto subieron a la barca, amainó el viento. Los de la barca se postraron ante él, diciendo: -Realmente eres Hijo de Dios!*». Mateo 14, 22-33. Es la misma debilidad de nuestra fe. Porque sus miedos son nuestros mismos miedos. Los miedos ante la vida, ante la incertidumbre, ante la locura de la cruz. Son los mismos miedos que nos recuerdan que no podemos caminar sobre las aguas, porque es realmente imposible. Nos recuerdan que es imposible asegurar el futuro y que la muerte está al acecho esperando nuestra debilidad. Y nosotros no nos creemos capaces de lo imposible, por eso nos hundimos. Porque, llenos de miedo, dejamos de confiar. Ya no creemos en ese Cristo que nos invita a abandonarnos. **Queremos controlar la vida, queremos tener las manos firmes en el timón de la barca.**

**El comienzo de la confianza se encuentra en la experiencia de sabernos queridos de manera imposible por Dios.** Cuando esa experiencia está viva en el alma, todo cambia, porque su amor nos sostiene. Sin embargo, al empezar a dudar de ese amor, de la realidad de su amor incondicional, nos volvemos dubitativos y nos hundimos. No podemos dudar de su amor que es fiel, de ese amor primero. Nuestra vida de santidad

consiste en amar como respuesta a la gratuitidad de Dios. Entregando nuestro amor gratuito en respuesta a la gratuitidad de Dios. Así lo dice S. Alfonso María de Ligorio: «*Toda la santidad y la perfección del alma consiste en el amor a Jesucristo; nuestro Dios, nuestro sumo bien y nuestro redentor. La caridad es la que da unidad y consistencia a todas las virtudes que hacen al hombre perfecto.*» El amor de Dios es el que nos sostiene en un abrazo y nos ayuda a caminar. Nuestro amor débil es un salto audaz sobre las aguas y un deseo infatigable de mantenernos firmes en el amor. Pero la fragilidad de nuestro amor se nos muestra como algo demasiado evidente a lo largo de la vida. No sabemos amar bien. Porque, ¿quién puede querer como Dios nos quiere? ¿Quién puede amar hasta dar la vida? Nos parece imposible. Me reconocía el otro día una persona su impotencia para amar y confiar. Decía su oración: «*Porque cuando pecó, el instrumento que quiero llegar a ser se atrofia, y veo que me queda tanto por corregir, por aprender, que desespera mi ánimo de ayudarte. Me pesa demasiado mi orgullo por no abandonarme. Lo siento, Señor; siento a veces no querer cargar la cruz que me cuesta tanto.*» El amor del hombre es antojadizo y cobarde, inconstante y superficial. No logra amar sin condiciones, sin esperar nada a cambio. Y siempre lo justificamos: ¿Acaso es posible querer la imperfección, el pecado, la debilidad, la cruz? Ese amor nos parece inalcanzable. Uno puede amar con pasión la belleza, la virtud, el amor abnegado, la fidelidad hasta la muerte. Uno logra amar la generosidad sin límites, la sonrisa gratuita, la amabilidad hecha carne. Uno es capaz de amar la esperanza, la alegría, el amor que se hace amistad en el camino. **Pero no logramos amar la miseria que nos rodea. Ni tampoco el odio o la violencia que hay en el mundo.**

**Este año hemos coronado a María como Reina de la paz del corazón en nuestro Santuario en la ciudad de Madrid. Ahora, en vísperas de la JMJ, vemos el logo que acompaña este encuentro con el Papa en el que aparece la corona.** Coronar a María como Reina es reconocer su condición de Reina, su realeza y, al mismo tiempo, reconocer nuestra debilidad e impotencia. Le decimos: «*Nosotros hacemos lo posible, encárgate tú de lo imposible.*» El P. Kentenich nos recuerda cuál es el motivo por el que nos acercamos a coronar a María: «*Nuestro desvalimiento y miseria. Nuestra pobreza atrae la riqueza del poder y bondad de María. También a nosotros debe Ella toda su grandeza y resplandeciente belleza. Desarrollemos en nosotros la conciencia de ser pobres pecadores. Una tremenda desgracia de la época actual es la pérdida del sentido filial ante la Santísima Virgen. No puede desplegar su acción maternal si no somos un recipiente vacío y abierto. La hemos coronado en virtud de nuestra miseria*»<sup>6</sup>. Estamos llamados a ser un recipiente vacío en el que María pueda verter todo su amor inmaculado y su belleza infinita. Nuestra impotencia despierta su omnipotencia suplicante. **Nuestra debilidad hace que su amor de Madre se vuelque sobre nosotros.**

**Hoy vemos a Pedro hundirse en las aguas y suplicar ayuda.** Hundirnos en las aguas nos vuelve a hacer conscientes de nuestra dependencia de Dios y de María. Tendemos las manos a lo alto pidiendo auxilio. Porque, sin su poder, no podremos nunca caminar sobre las aguas, ni mantenernos a flote. La realidad con la que nos enfrentamos cada día es la misma que la de Pedro: nos hundimos, porque solos no podemos. Una persona me comentaba: «*En el fondo, somos unos niños que caemos sin cesar y necesitamos del cobijo y ayuda de nuestros padres para que nos enseñen el buen camino; y que aprendamos, si caemos, a levantarnos y llegar a buen fin, con todas las dificultades que ello comporta.*» La solución que se nos regala es el gesto débil de Pedro alzando sus manos a lo alto, es su grito humilde: «*Señor, salvame.*» El Santo Cura de Ars lo explica: «*Porque Jesús está ahí, junto a nosotros, nos mira con complacencia, nos sonríe y nos dice: -verdaderamente me amas*»<sup>7</sup>. Es la experiencia de la debilidad que nos hace confiar de nuevo, esperar sin dar nada que justifique la entrega y **soñar con que podremos caminar de nuevo abrazados por Cristo.**

<sup>6</sup> J. Kentenich, “Ketenich Reader”, T II, 140

<sup>7</sup> José Pedro Manglano, “Hablar con el Cura de Ars”, 86